

»abrir escuelas, y otros dos para Noviciado, sin costarnos nada. »En la casa que acabamos de ver, hemos encontrado veinticuatro camas semejantes á las nuestras, y todos los utensilios necesarios. Mañana nos comprarán veinticinco escudos de libros. »Manifiéstanse todos tan benévolos y tan deseosos de tenernos, »que si tuviéramos más personal, podríamos fundar inmediatamente tres ó cuatro Colegios». Aquella casa pertenecía á un Señor Aniello de Falque, Médico á quien había sanado José de una llaga incurable, haciendo sobre ella la señal de la cruz. Había escogido aquel barrio, llamado de la Duquesa, porque estaba muy poblado de niños pobres y de mujeres de vida airada, que pronto echó de allí José. Se cambió también en Iglesia un teatro contiguo, de modo que tuvo nuestro Santo el consuelo no sólo de echar de aquel barrio al demonio, si no también de hacer triunfar á nuestro Señor Jesucristo con la santificación de los niños. La Iglesia fué dedicada á la Santísima Virgen en reconocimiento de su curación, y las Escuelas se inauguraron el día de San Carlos, 4 de noviembre 1626. La correspondencia de nuestro Santo da cuenta del éxito prodigioso obtenido en Nápoles.

El 30 de octubre escribía al P. García. Todos los días tenemos peticiones para establecernos en un lado de la ciudad, mientras que se presentan otros á solicitar que abramos nuestras Escuelas en otros. «Quedaría V. R. asombrado, si pudiera ver la »emulación de todos los barrios y la pena de algunos, porque »hemos elegido el barrio de la Duquesa que está más cerca de »los pobres y de los obreros». El 30 de noviembre decía al Padre Graziani: «Si tuviéramos cien Religiosos, podríamos fundar »cuatro Colegios en Nápoles: se nos ofrece mayor número de »locales, y una casa para Noviciado. En menos de ocho días »hemos recibido más de cuatrocientos alumnos de los alrededores. El Sr. Arzobispo me ha manifestado el gran placer que »tiene de que nos hayamos puesto ya á trabajar, y me ha prometido que nos ayudará siempre que tengamos necesidad »de su auxilio». Acostumbraba decir el Cardenal Arzobispo, Mgr. Francisco Buencompagni, que aquellos Religiosos le habían aliviado de la mitad de la carga del Arzobispado. El 21 de noviembre escribía también al P. García: «Nos han ofrecido cinco »ó seis casas más en diferentes puntos de la Ciudad. Hoy me ha »instado de manera extraordinaria para que escogiéramos su »barrio, el primer magistrado de la ciudad. En quince días se »ha elevado á quinientos el número de nuestros alumnos, y, si »hubiera lugar bastante, pronto tendríamos setecientos». Y el 5 de diciembre: «Nos hemos establecido en el barrio de la Duquesa: hemos hecho salir más de seiscientas mujeres de mala »vida, y hemos convertido en Iglesia un teatro; de modo que en »el mismo lugar cantan las alabanzas del Señor seiscientos niños».

Se levantó contra la naciente obra de las Escuelas Pías de

Nápoles una pequeña borrasca que se convirtió en gloria para Dios. Con la supresión de aquel teatro quedaron arruinados tres cómicos: era el primero Andrés del Valle, director y propietario del teatro; el segundo, Francisco Longueville que con poco estudio se había hecho artista célebre; y el tercero, Coracio Grazinllo, que de abogado sin pleitos había pasado á ser afamado bufón, y ganaba mucho dinero. Se presentaron juntos al P. José, acusándole de haberles quitado toda la ganancia, y amenazándole con quitarle la vida, si no renunciaba á su empresa. Sin inmutarse el Santo, puso la mano en el hombro de Longueville, y dijo con toda tranquilidad. «No se encolerice »usted; todo cuanto sucede viene de la mano de Dios. Traten »ustedes de salvar su alma; no tienen más que una, y es eterna; »si la pierden una vez, la han perdido para siempre. No tardarán ustedes mucho en presentarse ante el tribunal de Dios para »darle cuenta, no sólo de su alma, sino también de otras almas »que se han perdido.» Conmovidos con aquellas palabras nuestros tres cómicos, quedaron sobrecogidos, y se retiraron besándole respetuosamente la mano. Los había convertido el Padre con sus palabras, y más aun con las oraciones que por ellos hizo. El primero que volvió fué del Valle, y como era muy instruido, pensó en hacerse Religioso. El Padre General le aconsejó que se hiciera sacerdote secular, para salvar almas en el mismo lugar en que había sido causa de que se perdieran. Hizo confesión general, dejó la espada, y cambió sus magníficos vestidos por la humilde sotana de los clérigos; y así vestido, aparecía en público llevando un rosario en la mano. Ridiculizábanlo los que le habían conocido; le llamaban el Abate de la larga espada, aludiendo al gran sable que llevaba antes; y él, en otro tiempo tan colérico y vengativo, soportaba aquellas injurias con admirable paciencia. Cuando se abrieron las Escuelas, se presentó á enseñar á los niños á leer y la doctrina cristiana, y después los acompañaba por las calles. Era feliz orando en su antiguo teatro, y lloraba de gozo al ver el templo del pecado convertido en casa de Dios. Ordenado de sacerdote, llevó hasta su muerte una vida apostólica.

Longueville que se había excedido más en los insultos á nuestro Santo, obtuvo mayor gracia por sus oraciones. Como tenía hijos y mujer, abrió una pequeña tienda para vender plumas y papel, y se aprovechó del comercio para extender gran número de libros de piedad. Reunía delante de su puerta á los ociosos que tan numerosos son en Nápoles, y les hacía las más bellas instrucciones. Tenía el don de hacer llorar, y cuando le daban dinero, lo distribuía entre los pobres. La sinceridad de su conversión se ve por el siguiente heroico rasgo de humildad. Habiéndolo acusado de que aparecía en público como devoto hipócrita, después de haber traficado con el vicio por dinero, se puso de rodillas ante su acusador, y le dió las gracias, besándole los pies delante de todo el mundo. Todos los viernes,

acompañado de Rauzzino, otro de sus compañeros, recorría las calles, llevando un gran crucifijo, tocando el compañero una campanilla; y cuando habían reunido mucha gente, entraban en un Oratorio que se llamaba Escuela de mortificación, y con conmovedoras instrucciones convertía Longueville á gran número de personas y las obligaba á confesarse, entre ellas á una que no se había confesado hacia siete años, cosa inaudita en aquellos tiempos en Nápoles, donde todos se confesaban por lo menos en la Pascua. Los domingos y días festivos daba á los sacerdotes las limosnas que recogía en la semana para que diesen la misa en una Capilla que estaba á la orilla de una carretera fuera de Nápoles, y, deteniendo los vehiculos, se encargaba del cuidado de los caballos y del equipaje, para que oyeran misa los dueños. Vuelto con Rauzzino á la ciudad, reunía á los niños y á las niñas de corta edad, los llevaban en procesión cantando letrillas, y después de hacerles una plática, los acompañan á sus casas. En la tarde reunían también á los ociosos, y los conducían á las Escuelas Pías, donde los Padres les enseñaban el catecismo. Longueville murió en olor de santidad después de haber llevado aquella vida durante treinta años.

En cuanto el tercer Actor, Graziullo, volvió á su profesión de Abogado, pero defendiendo gratuitamente á los pobres, y esforzándose principalmente en arreglar las diferencias. Habiendo entrado en la Escuela de la mortificación, suplicaba á los cofrades que lo atasen y arrastrasen por el Oratorio, por que había sido gran pecador, y hubiera ido mil veces al infierno, si no lo hubiera convertido el P. José. Murió antes que sus compañeros, alcanzando la felicidad de tener la muerte de un Santo. Tales eran los frutos de conversión que producía San José en un siglo en que se cometían grandes crímenes, es verdad, pero en que la penitencia producía Santos como casi no hemos visto más.

Salió de Nápoles el Padre el 25 de abril de 1627, y volvió á seguir en Roma su antiguo género de vida, continuando sus visitas de devoción y caridad, acompañando á los niños á sus casas, á pesar de los setenta y un años y los crueles dolores de la pierna quebrada. Habiendo salido así un día de lluvia, tuvo otra erisipela en el mismo lugar que la primera vez con enorme inflamación y fuerte fiebre que le causaba muy agudos dolores. En tres días y tres noches no le permitían descansar un momento las convulsiones, sin que salieran de sus labios otras palabras que los nombres de Jesús y de Maria. Declararon los médicos que si pasaba así la cuarta noche, moriría sin remedio. Recibió, pues, los últimos Sacramentos con tanto fervor como la primera vez, y pidiendo que lo dejaran sólo, se le apareció Santa Teresa, de la cual era muy devoto, prometiéndole la salud, y larga vida aún, para que pudiera propagar su Instituto para bien de la Iglesia; pero que por lo mismo sufriría grandes persecuciones,

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

Estando, á los 71 años, S. José de Calasanz gravemente enfermo se le apareció Santa Teresa y le restituye la salud.

y le exortó á que las soportase con heróica paciencia. Después de aquella visión disminuyó la fiebre, y desapareció por completo en muy pocos días. Para dar testimonio de su reconocimiento á Santa Teresa, prometió dedicarle la primera Iglesia que construyera en su Orden, lo cual no pudo ejecutar con sentimiento suyo, pues como precisamente entonces se construía una Iglesia en Nápoles, cerca del nuevo Colegio, se opusieron los Padres Carmelitas á aquella denominación, temiendo que desapareciese de su convento la devoción que tenían los fieles. Dió aquello lugar á discusiones interminables entre numerosos Señores fundadores de aquel Colegio, declarándose ochenta por aquel título, y otros en contra. Pero pensando José que honraria más á Santa Teresa dando gusto á sus hijos, renunció con buena voluntad al proyecto, dejándolo para otra fundación en que no hubiera Carmelitas que pudieran enojarse.



CAPÍTULO XIV

PRIMER CAPÍTULO GENERAL

1627-1631

PARECE que no debe darse el nombre de Capítulo General á la primera asamblea de la Orden de las Escuelas Pías, ya porque no fué muy numerosa, ya también por su corta duración. La llamaremos así sin embargo, tanto porque José le da siempre este nombre en su correspondencia y en los actos oficiales, cuanto porque figura á la cabeza de la lista de los Capítulos Generales al fin de las Constituciones de las Escuelas Pías, y sobre todo ¡ay! por la gravedad de uno de sus pocos decretos, causa principal quizá, ó á lo menos, causa ocasional de la ruina de la Orden quince años después.

Ya fué bastante difícil la reunión de aquel Capítulo. Según las Constituciones, los Capitulares debían tener á lo menos siete años de profesión: pero hechos los primeros Votos, después de dos años de Noviciado, en 1624, ninguno podía en 1627 formar parte del Capítulo. Era pues necesario prescindir por la primera vez de las prescripciones ordinarias, porque para un Instituto que comienza, la primera ley es la de la existencia, según la máxima de la lógica: *prius est esse, quam esse tale*. Resolvió José convocar para aquella reunión sólo á sus cuatro Asistentes y á un Secretario pero sin voto deliberativo. No era por eso menor la dificultad. Aquellos asistentes eran Provinciales al mismo tiempo, lo que no estaba conforme con las Constituciones, pero no podía hacerse otra cosa en los principios. El P. Francisco Castelli era Provincial de Génova; el P. Pedro Cassani, de Nápoles. En cuanto á los otros dos, el Padre Viviani, Provincial de Roma, y el P. Ottonelli, Asistente sin ser Provincial, porque el General lo tenía á su lado, habían muerto, y no habían sido sustituidos aún. Ante todo, era necesario nombrar otros dos. El P. General, usando de las facultades que le daban las Constituciones, dispensó á otros dos Padres que no tenían aún siete años de profesión, y eligió al P. Santiago Graziani para tercer Asistente General y Provincial de Roma, y al P. Pelegrín Tencani para cuarto Asistentes General. Era lo